Siglo diecinueve, 2024, vol. 30

págs. 7-23, ISSN: 1136-2308, ISSN electrónico: 2695-9240

"LO QUE NO ME MATA, ¿ME HACE MÁS FUERTE?" PEQUEÑAS MOLESTIAS Y ENFERMEDADES MENORES EN LA NARRATIVA GALDOSIANA

"'WHAT DOESN'T KILL ME, MAKES ME STRONGER?' MINOR AILMENTS IN GALDÓS' NARRATIVE"

Sara Muñoz-Muriana
Dartmouth College
ORCID iD: 0009-0001-8125-4429

Resumen: La novelística galdosiana está plagada de enfermedades psicosomáticas, psiquiátricas o infecciosas como la viruela o la difteria, así como enfermedades agudas como el cólera o la tuberculosis pulmonar. Sin embargo, en este vademécum cultural, se dan cita otros males menores o "pequeñas molestias", como las llamara Arthur Conan Doyle, que si bien no aparecen revestidas de los mismos tintes catastrofistas que otras enfermedades de mayor impacto social, sí afectan el día a día de los personajes y se erigen, en ocasiones, determinantes de tramas y conflictos novelescos. Los personajes galdosianos padecen de tuberculosis, difteria, peste o cólera, pero también de simples catarros, dolores de muelas, molestias estomacales, enfermedades de la piel, mareos o migrañas que ocupan un lugar recurrente y prominente en la narración, determinando actitudes, comportamientos y vivencias, prestándose por ello a una lectura metafórica merecedora de atención crítica. Este ensayo explora estos males menores, harto conocidos por corrientes pero poco estudiados desde una perspectiva crítico-literaria, y el dolor asociado a los mismos como espacios simbólicos desde los que examinar, problematizar, cuestionar y someter a crítica ciertos males sociales, diagnóstico de toda una nación, los cuales corren paralelos a la forja de un proyecto moderno, todo ello en una época de enorme inestabilidad política, social y económica.

Palabras clave: Benito Pérez Galdós, dolor, enfermedad menor, España, modernidad

Abstract: Benito Pérez Galdós' novels are full of diseases ranging from psychosomatic to psychiatric and infectious diseases like smallpox or diphtheria, as well as other acute illnesses such as cholera or tuberculosis. However, in this cultural vademecum, there are other ailments –"small complaints", as Arthur Conan Doyle would refer to minor diseases in artistic productions– that might have less social impact and lack the apocalyptic associations of other degenerative diseases, but still find recurrent expression in literary works of the period and therefore demand critical attention. Galdosian characters suffer from tuberculosis, diphtheria, plague, and cholera, but also from simple colds, toothaches, stomach discomfort, headaches and migraines, and skin rashes; that is, minor, common and purportedly insignificant afflictions that, while not deadly or extremely severe, do hurt, cause discomfort, and affect the narrative

attitude, behavior and existence of the characters who suffer from them. This essay explores these minor ailments and the pain associated with them as symbolic spaces from which to examine, identify, raise awareness, question, diagnose, and criticize a number of social ills that affected the whole nation and that go hand-in-hand with the construction of the modern project at a time of instability in government, gender norms, and class tensions in nineteenth century Spain.

Keywords: Benito Pérez Galdós, pain, minor disease, Spain, modernity

El interés de Galdós por la medicina, los estados de la mente humana y la enfermedad en general es harto conocido, y ha sido objeto de estudio en incontables ocasiones. Baste pensar, entre otros, en los trabajos de José María López Piñero, Harriet Turner o los más recientes de Michael W. Stannard. Dolencias del cuerpo y trastornos de la mente, así como afecciones metafóricas que devienen físicas, el tema de la enfermedad puebla las páginas galdosianas. Ya en 1954, Luis Granjel hablaba de un "colegio médico galdosiano" (1979-71: 656) para referirse a la novelística galdosiana, poblada por más de 50 médicos, numerosas referencias a medicamentos y más de 100 personajes enfermos. Kevin Larsen ha documentado la profunda comprensión por parte de Galdós de los avances médicos de su época, y ha proporcionado detalles sobre las amistades, lecturas e investigaciones que sirvieron como fuente de conocimiento al escritor canario (2006: 151). En la misma línea, Stannard cifra el profundo conocimiento médico del escritor en su infatigable labor de investigación, así como en su constante búsqueda de una red de amistades de prominentes médicos y científicos de la época, motivado por su afán de proporcionar un contexto de autenticidad a sus novelas (2013: 97). El contexto europeo de la segunda mitad del siglo XIX, dominado por la revolución de las técnicas asépticas, los avances en los estudios microscópicos, o los descubrimientos de microorganismos antes desconocidos, despertó en Galdós enorme "devoción, como ante un poder superior", como el mismo Gregorio Marañón declaró en 1941 a colación de sus conversaciones con el novelista (1983: 171).

Galdós supo trasladar esta fascinación a su universo literario. Así, encontramos personajes diagnosticados de alcoholismo (Mauricia la dura), locura (Tomás Rufete), sífilis (Maxi Rubín), o tuberculosis (Alejandro Miquis en *El doctor Centeno*), todas ellas enfermedades sociales degenerativas que, como dijera el médico higienista de la época, Philippe Hauser, son universales en tanto representaban una amenaza para la sociedad occidental y la raza humana en general (1884: 214-215). Ahora bien, en este vademécum narrativo, hay algunos males que, por ser menos novedosos o insignificantes, o por tener un menor impacto social, no han sido suficientemente estudiados. En las páginas galdosianas, narradores y narrados sufren de tuberculosis, difteria, peste, cólera o fiebres tifoideas, pero también de resfriados, herpes, anginas, dolores de estómago, de cabeza o de muelas. Esto es, malestares en apariencia intrascendentes que, sin ser fatales ni extremadamente graves, sí molestan, incomodan, duelen y afectan

la existencia narrativa de los personajes. Sin estar revestidas de los mismos tintes apocalípticos o catastrofistas que otras enfermedades endémicas de la vida moderna, lo cierto es que estas pequeñas molestias –"small complaints", las llamó Arthur Conan Doyle en uno de sus cuentos médicos (1902: 200)– se abren paso en el texto y ocupan un lugar recurrente y prominente en la narración, determinando actitudes, comportamientos y vivencias, prestándose por ello a una lectura metafórica merecedora de atención crítica.

El síntoma compartido por todos estos males menores será el dolor, rasgo distintivo e inherente de la vida que pone al individuo sufriente en contacto con el mundo, como varios médicos humanistas han dejado suficientemente claro (Hunsaker, 1999: 27; Altschuler, 2018: 162-163). Si, tal y como afirma el poeta Juan Gustavo Cobo Borda, el dolor se halla inexorablemente asociado a una anormalidad de la que nace una nueva fuerza (2005: 17), este nuevo impulso se traducirá en la apertura de nuevos espacios de subjetividad, en la movilización de una resistencia y en la posibilidad de transgresión. Pues sólo desde la anormalidad y la diferencia catalizada por el dolor de la enfermedad se gesta un nuevo sujeto moderno, integrante fundamental en el proyecto de nación moderna, quien se reconoce distinto respecto a los otros, y se erige capaz de ejercer una resistencia y configurar un mundo distinto al marcado por las instancias del poder. De este modo, el interés de rastrear y traer a primer plano males comunes como la tos, el dolor de estómago o la jaqueca, de los que se ocuparán las siguientes páginas, nos permite indagar sobre la capacidad transgresora del discurso médico y literario decimonónico y constatar cómo las conexiones entre ambos impelen a reflexionar sobre el fracaso del proyecto nacional a partir de lo común y lo ordinario, de dolencias que afectan el día a día del individuo, cuya cotidianidad es directamente proporcional al remedio requerido para su cura, como se verá.

En este trabajo, propongo examinar cómo Galdós se sirve de la relación entre el mal menor, el dolor y la transgresión asociada a éste para enarbolar y recrear un proyecto de nación moderna y someterlo a crítica. El escritor advirtió el potencial de estas dolencias, menores pero universales en tanto afectan a todos los seres humanos, y se sirvió de ellas como modelo de sufrimiento desde el que problematizar, incomodar, cuestionar y someter a crítica ciertos males sociales, diagnóstico de toda una nación. Al mismo tiempo, Galdós supo igualmente ver en el dolor y el dramatismo individual un poderoso agente de cambio, aportando así su propia resolución simbólica desde la que despertar conciencia, aliviar y transformar su sociedad.

Pensemos en una molestia como la tos. Condición recurrente que nunca abandona al enfermo (el paciente tose, se deja caer, recobra el aliento, respira normalmente para volver a toser), la tos es un movimiento convulsivo y sonoro del cuerpo relacionado con el aparato respiratorio. Protagonista en el espacio cultural desde los tiempos más remotos, podría decirse que la tos es "la primera enfermedad" y que, sin ser "una enfermedad grave", es capaz de asustar y hacer llorar al primer hombre, tal y como la describe Bernardo Atxaga en relatos como "La primera gripe de Adán" y "La vida según Adán". Mal leve y común que afecta al ser humano desde el principio de los tiempos, la tos es sinónimo de lo

viejo –"escribo sano y salvo desde la tos del tiempo", apuntará el poeta español Fernando Beltrán– convirtiéndose en una metáfora del tiempo más pretérito (cit. en González Núñez y Orero González).

No es de extrañar que la tos encuentre el camino en la novelística galdosiana, y que sean muchos los personajes que sufren de esta condición, en apariencia inofensiva e intrascendente, pero que va más allá de un simple espasmo sofocante. *La familia de León Roch* (1878) parece haber sido escrita como manual para aprender de los síntomas, efectos y tratamientos de la tos. Son varios los personajes que sucumben por ese "gargarismo hablado", tal y como define el narrador la tos (210). Leopoldo de Tellería, hermano de la protagonista María Egipcíaca, es introducido en el texto por medio de una "tos ronca y carraspeante", de ésas que "en la más baja escala social se forman en el pregón público y se endurecen con el frío de la mañana y el aguardiente de la noche" (210).[1] A los ataques de tos les sigue inmediatamente el tratamiento medicinal para la misma: la brea, una sustancia viscosa de color rojo oscuro que se obtiene de árboles coníferos y se empleaba como expectorante y antiséptico, y cuyo consumo llega a convertirse en un tic identificatorio del personaje a lo largo de toda la novela. Luis de Tellería, el hermano mellizo de María, enfermizo y doliente desde su infancia, también sufre de tos seca, hasta el punto de que sus palabras apenas se entienden por ser a menudo pronunciadas "entre tos y tos" (292). Llama la atención que estos dos hermanos se alcen emisores en la novela de un discurso religioso radicalizado y de un misticismo exacerbado, más cerca del viejo régimen que de los nuevos tiempos, en tanto que intolerante y servilista respecto a las clases dirigentes. Lejos de adaptarse a la época moderna, Luis y Leopoldo aprovechan cualquier oportunidad para criticar "la transformación de las conciencias de las gentes ateas" que "caracterizan la Actualidad" y no dudan en revelarse salvaguardas de las "venerables creencias de nuestros padres" (260), lo que volvería a conectar la tos con el tiempo más remoto. Síntoma de la primera enfermedad y rasgo distintivo de estos personajes, la tos identifica a estos discípulos de los preceptos religiosos como representantes de una serie de valores sagrados que, inflexibles y arcaicos, a menudo han sido entendidos como un obstáculo a los procesos de modernización (Córdoba y García-Donoso, 2016: xv). Sin embargo, y al mismo tiempo, esa misma aflicción, vendría a interrumpir el mismo discurso sagrado que representa, permeándolo y obligándolo a coexistir con lo secular y lo profano en la sociedad moderna –esa Actualidad caracterizada por la transformación de las conciencias, por un acto de separación del pasado y por un

1 Estas palabras contienen una importante connotación social en tanto aluden a las clases populares y las describen en torno a los espacios que frecuentan (taberna, noche, calle o espacio público), los vicios a los que se entregan (alcohol) y los males de los que padecen (tos ronca e irritativa). Ello nos permite acercarnos a un mal como la tos como enfermedad social que ordena la sociedad en torno a diferentes capas sociales –lo que el doctor Pierreville llamó en el título de su estudio "la desigualdad humana ante la enfermedad y la muerte". En este contexto, la tos queda construida como una molestia leve pero a la vez como un síntoma de alarma de una patología más grave, a saber, el alcoholismo, vicio asociado a desórdenes sociales que en el siglo XIX adquiere connotaciones médicas y pasa a ser medicalizado y patologizado.

compromiso con el cambio, tal y como Rita Felski explica en su seminal trabajo sobre la modernidad (1995: 13).

La tos se revelaría así como síntoma de una de esas "national malformations", por tomar prestada la terminología médica de la que Moretti se sirve para referirse a esas sociedades a medio camino entre la vieja metafísica y los tiempos modernos, dominados entre otros por el ritmo frenético del capital, la ruptura con la tiranía de la autoridad y por un "intelectual clarity" (2013: 16, 149), todos ellos atributos que un personaje moderno como León Roch viene a representar en el espacio narrativo. Presagio de esos "porous borders" que definen la sociedad moderna (Moretti, 2013: 3), la tos funcionaría como locus ideal donde hacer confluir la relación entre la modernidad y lo sagrado, relación definida por procesos de fusión, coexistencia, solapamiento, hibridez, conflicto, transformaciones, políticas de inclusión y exclusión y, en definitiva, la ruptura de categorías e ideologías nítidamente delineadas.

Señalaba Susan Sontag en la *Enfermedad y sus metáforas* (1978) que de igual modo que el cáncer es una enfermedad del cuerpo, una enfermedad de los pulmones (de la cual la tos sería expresión manifiesta en tanto constituye un síntoma frecuentemente asociado a enfermedades de las vías respiratorias) es, metafóricamente, una enfermedad del alma (1989: 18). Si el cuerpo puede ser corrompible, también puede serlo el alma, con lo que Galdós podría estar sirviéndose del catarro común y de la tos recurrente para, por un lado, dejar constancia de una experiencia moderna, ineludible e inevitable –la que trae consigo la libertad de cultos, la ruptura con la tiranía de la autoridad, la mutabilidad de las actitudes y, en definitiva, el cuestionamiento de los valores de la vieja metafísica; y por otro, llamar la atención a una enfermedad metafórica que amenaza a toda una sociedad la cual, sumida en una espiritualidad excesiva, se halla todavía dominada por un neocatolicismo imperante. Precisamente, una de las consecuencias de los ataques de tos es la ronquera, la dificultad para hablar y la imposibilidad de expresión y enunciación: el mismo Luis, quien tiene vocación de sacerdote, no puede "alzar la voz" y cuando intenta sermonear y encauzar el alma de su hermana por el camino de los penitentes, apenas puede emitir "sordos gruñidos". Su discurso de mártir es constantemente interrumpido por una "respiración fatigosa", propia de sus gastados pulmones (Pérez Galdós, 2003: 284). Nunca se nos dice de qué sufre el personaje, ni se pone nombre a su mal; al narrador no le interesa tanto transmitir al lector el diagnóstico del mecanismo fisiológico que es la tos como remachar que las convulsiones entrecortan la voz del personaje, la apagan y silencian. Podría ser que Galdós intentara así reprimir y desplazar el mensaje de una religiosidad entendida desde la exaltación y la superficialidad, desde la rigidez e intolerancia, males responsables de esa "funestísima plaga creada y difundida por la teocracia como instrumento de dominación", como el mismo escritor declaró en un mitin en Santander en noviembre de 1908 (Madariaga, 1979: 223) o como dejaría constancia en varias cartas a Pereda en la que se declaraba escéptico en materia religiosa y adorador de la libertad de cultos (en Bravo Villasante, 1970-71: 23). Esta crítica quedaría remarcada en la novela por el gargarismo que sufren otros personajes portadores de sotana: el padre Barrios,

emisor de sermones en la iglesia de San Prudencio, tiene que ser retirado de su cargo porque, poseído por la tos, "no se le puede oír" (Pérez Galdós, 2003: 234). Algo parecido ocurre con el Padre Paoletti, confesor y guardián de María hasta sus últimos días, hombre sin escrúpulos, mentiroso y fanático, que carraspea y tartamudea constantemente mientras trata de convencer a León de las cualidades morales de María.[2]

El recelo e incomodidad ante la institución religiosa se hace también visible y legible a través de otros males menores, como el dolor de estómago. Órgano de enorme significancia histórica, el estómago pudo ser visualizado a través de rayos-x y cirugía abdominal por primera vez a finales del siglo XIX, pero muchos enigmas y misterios seguían rodeando a este órgano.[3] Aparte de ser responsable de segregar los jugos gástricos que ayudan en la digestión de los alimentos en su acepción literal, este órgano se refiere, de manera coloquial y figurativa, a la capacidad para tolerar o realizar cosas desagradables, a saber, tener o no tener estómago para algo. Es con este sentido que el personaje Manuel Pez en *La de Bringas* (1884), complaciente burócrata poseído por un "árido descreimiento" en materia religiosa, hace referencia a su malestar estomacal: "esta gente que se acuesta con Dios y con Dios se levanta se me sienta en la boca del estómago" (189). El malestar físico del estómago deviene metafórico y sirve al personaje para manifestar su rechazo a los excesos religiosos y a las monomanías místicas de una sociedad sedienta que busca en el misticismo el agua con que aplacar su sed de fanatismo. Como complemento a este dolor figurado, Pez sufre de "rebeldes inapetencias" y de fuertes dolores estomacales, los cuales coinciden a nivel textual con la llegada de la Revolución de 1868. En su estudio sobre el malestar estomacal en *La de Bringas*, Jeffrey Zamostny asocia la comida y el digerir bien con la intención de perpetuar el estado actual de la política española antes de la llegada de la Gloriosa en 1868 (2010: 61). En este plano metafórico, entonces, las dificultades para digerir y los dolores de estómago de Pez quedarían explicados en un contexto de inestabilidad política, así como por la negativa del personaje a aceptar los vicios y excesos que caracterizan la monarquía española y en particular el reinado de Isabel II. Su rechazo a la comida responde al instinto de protección de un individuo que se cuida del peligro representado por un agente amenazador que le inspira inapetencia, rechazo, y como diría Zamostny, asco (2010: 69), tanto en el plano material (ciertas sustancias alimenticias) como en uno más abstracto (las vicisitudes y corrupciones políticas).

No será el único personaje en la novela que sufra de este mal. Isabelita, hija de Francisco y Rosalía de Bringas, vive aquejada de la imposibilidad de crecer

2 No es esta represión del discurso religioso privativo de Galdós; en el cuento de Leopoldo Alas 'Clarín', "La conversión de Chiripa" (1896), la tos incesante de un viejo devoto es "cosa triste, molesta" e importuna a los asistentes a un oficio religioso (174). Sin importar quién es el afectado por la tos –eclesiástico o espectador devoto– el resultado es el mismo: interrumpir y encubrir el discurso religioso para evitar que se advierta y se propague.

3 Para un estudio de la literatura dedicada al estómago, no sólo al órgano anatómico sino a los síntomas y afecciones relacionados con el mismo, desde la Edad Media, ver el manual de Jeremy Baron, *The Stomach: A Biography* (2013).

debido a los continuos vómitos que siguen a la consumición de cualquier alimento, expresión de rechazo comparable a las rebeldes inapetencias de Pez. No es casual que los vómitos usualmente prosigan a sueños inquietantes, los cuales revelan una serie de componentes que se prestan a ser interpretados como elementos de una realidad social enferma que deben ser expulsados (del personaje, de la nación, del imaginario cultural español) como única estrategia posible para que el sistema digestivo del país pueda funcionar. Baste recordar aquel en el que la niña ve desfilar "la ceremonia de comida de los pobres"; a la Reina Isabel II, seguida por hombres y mujeres "empaquetados y tiesos" que se mueven como muñecos desfigurados, sin cerebro, automatizados al son de la marcha real; y a mujeres engalardonadas, poseídas por la pasión del vestir, a pesar de carecer de medios económicos para sustentar a su familia (Pérez Galdós, 2007a: 88-89). Vicios y excesos se dan cita en el pequeño estómago de la niña, quien incapaz de contener ni digerir tal realidad social, termina arrojándola fuera de su cuerpo, sintiendo el personaje gran alivio tras tal purgación. La activación de este proceso de expulsión está normalmente acompañada en el texto por arcadas, espasmos y convulsiones, narrados con tal detallismo que Galdós parece buscar sacudir al lector, casi a un nivel físico y visceral, y hacerlo así partícipe de esa contracción involuntaria de los músculos que aqueja al personaje para así llamar su atención y concienciarlo sobre la necesidad de cambio social. Galdós ofrece al lector una dosis de "tártaro emético", tratamiento purgante al que el médico en *La de Bringas* recurre con frecuencia para inducir el vómito en el personaje aquejado de malestar estomacal. El conocimiento médico de Galdós le permite suministrar esta solución de potasio al enfermo –y al lector– y obligarlo, casi de forma violenta, a expulsar de su cuerpo una serie de males sociales que no hacen sino obstruir, estancar, imposibilitar a la sociedad para el crecimiento y la plena madurez, todo ello representado por medio del estómago de una figura infantil que, agente social del futuro, constituye una pieza fundamental en el entramado del proyecto nacional moderno.

El hecho de que las figuras que desfilan en el sueño de Isabelita lo hagan sin cerebro localiza la crítica, no sólo en el órgano estomacal, sino también en la cabeza. El dolor de cabeza es un tema recurrente en la literatura del XIX, siglo en el que se patologiza desde el campo de la medicina como migraña o jaqueca.[4] Son muchos los escritores que desde el siglo XVIII vienen concediendo a la jaqueca un lugar prominente en sus obras, entre otros, Alfred Tennyson, Rudyard Kipling, Virginia Woolf, Jane Austen, Gustave Flaubert, Leopoldo Alas o Emilia Pardo Bazán. Descrita a menudo en el texto cultural como un dolor de cabeza agudo con pérdida de visión, náuseas, "hormigueo" por todo el cuerpo, explosión "de chispas de fuego en los párpados" y un ataque del sistema nervioso (Clarín, 1996: 222), la jaqueca en la literatura comporta el estigma de incurable, como

4 Ver el trabajo de Leonardo Palacios Sánchez (2005) sobre los aspectos históricos de la migraña. Si bien no aparece en el diccionario de la Real Academia Española hasta 1817, el primer uso del término en el contexto español está documentado en el *Lapidario* (1271-1279) de Alfonso X el Sabio, en el que el rey de Castilla afirma que "el dolor que se face en la media cabeça, á que llaman en arábigo *xaqueca* y en latín *migranea*" (1968: 31).

nos recuerda el profesor y neurólogo Bruno Colombo (2021: 565); un malestar que sin causar la muerte, produce un dolor intenso e insoportable que desactiva y desarticula al individuo y que se suele ensañar principalmente con "restless and troubled minds" (2021: 568). La narrativa galdosiana está poblada de estas mentes inquietas y afligidas que padecen de este intenso dolor: la tía de Irene en *El amigo Manso* se queja de constantes dolores de cabeza, males menores que aunque pasan a los tres días, le causan "vómito, delirio y síncope" (222); Francisco de Bringas y Rosalía, su mujer, sufren de "crueles dolores" de testa a lo largo de su existencia narrativa, que los deja mareados y en ocasiones les hace "ver los objetos dobles" (2007a: 130); Alejandro en *El doctor Centeno* padece de "horrible malestar" en la cabeza (105) y Felipe, en la misma novela, afectado por "dolor agudísimo en las sienes", a menudo siente "náuseas, desvanecimiento, repugnancia…" y en definitiva, un "malestar indecible" (99); y no podemos olvidar a Maxi Rubín, apodado "el pobre jaquecoso", quien sufre de constantes e intensos dolores de cabeza que lo incapacitan y cuyos efectos son narrados con gran detallismo, determinando actitudes y comportamientos del personaje:

> Sintió Maxi una punzada detrás del ojo izquierdo… Resolvíase luego la punzada en dolor gravitativo, extendiéndose como un cerco de hierro por todo el cráneo. El trastorno general no se hacía esperar, ansiedad, náuseas, ganas de moverse, a las que seguían inmediatamente ganas más vivas todavía de estarse quieto… Por fin le entraba aquella desazón epiléptica, aquel maldito hormigueo por todo el cuerpo. Era la sensación de una baguetilla de hierro caliente atravesada desde el ojo izquierdo a la coronilla… Parecíale que la cabeza se le abría en dos o tres cascos". (Pérez Galdós, (2008a: 506)

El dolor de cabeza que sufre el personaje, "a reaction to the displacement of body parts", como diría el médico británico John Quincy en 1736 (345), es plenamente coherente con la definición que desde el siglo XVII se viene ofreciendo del mismo desde el campo de la medicina, como "a división of such parts as naturally ought to be united", tal y como lo describe *A Physical Dictionary* (cit. en Van Dijkhuizen, 2009: 475).

La fragmentación de partes que deben estar unidas a la que el mismo personaje se refiere –"parece que se me abre la cabeza" (Pérez Galdós, 2008a: 627)– sugiere una división del yo del personaje, pero también de su realidad y de su forma de experimentar la misma, especialmente en el contexto de la conceptualización del dolor como rasgo distintivo de la vida que permite la interacción del cuerpo con el mundo (Altschuler, 2018: 162-163). Si el dolor es necesario en tanto nos pone en contacto con nuestra realidad circundante y nos convierte en "aware of our existence" (163), el mismo sufrimiento nos capacita para cuestionar esa misma existencia, ejercer una resistencia y articular, de alguna manera, una alternativa a los planes del poder. Porque la concienciación y la percatación de la realidad es condición *sine qua non* se producirá el cuestionamiento de la misma. Al respecto, Jennifer Brady se pregunta si los dolores de cabeza de Maxi podrían ser "signs of him trying to process and make sense of the world" (2010:

113), o lo que es lo mismo, si el dolor de cabeza pone sobre la mesa la necesidad de entender su mundo, pero también de recrear realidades alternativas que le den un sentido. Recordemos el símil que el propio Maxi Rubín establece entre el dolor descarnado que parece le fractura la cabeza y la hucha que días antes ha abierto a golpes para dar el dinero a Fortunata: "Cuando trató de levantarse parecíale que la cabeza se le abría en dos o tres cascos, como se había abierto la hucha a los golpes de la mano del almirez" (Pérez Galdós, 2008a: 506). Cabeza y hucha fracturadas apuntan, según Janice Zehentbauer, a un "struggle with his self", un "concern" muy moderno (2015: 178) en tanto la ruptura de la hucha se produce de forma consciente y voluntaria por parte de Maxi para dar el dinero a Fortunata, desobedeciendo y desoyendo las órdenes dictatoriales de su tía, mujer "autócrata" cuya existencia gira en torno a "dar órdenes y más órdenes" y a incomodarse porque "ciertas cosas no se habían hecho como ella mandara" (Pérez Galdós, 2008a: 636). Al fin y al cabo, una de las premisas del sujeto moderno es su capacidad de lectura, análisis y conocimiento del mundo, y sólo a partir de ésta podrá constituirse como sujeto de resistencia. La transgresión representada por Maxi es expresada en el texto por medio de la misma comparación entre cabeza y hucha, o entre dolor y ruptura de la misma: "los cascos esparcidos semejaban pedazos de un cráneo, y el polvillo rojo del barro cocido parecióle al criminal manchas de sangre" (417). El dolor de cabeza y la acción derivada de aquél convierte al personaje en un criminal capaz de llevar a cabo toda una transgresión de las expectativas sociales burguesas, representadas en este caso por las imposiciones de Doña Lupe. La capacidad de representar un reto al poder por parte de Maxi, sujeto moderno "en rebelde" que, como Alberto Medina define este proceso de subjetivación, se halla a medio camino entre disciplina y rebeldía y por ello en pleno proceso de constitución (2009: 16), deriva del dolor causado por la fragmentación de la cabeza, el cual se hace necesario para lo que Zehentbauer califica como "a threat to social rules" (2015: 178), necesaria divisa de la modernidad y de la constitución del sujeto moderno. Es en este contexto que resulta particularmente útil entender el dolor o el sufrimiento desde una manifestación positiva.

En 1886, Rudyard Kipling escribió una carta a su prima Margaret Burne-Jones, en la que le remitía una descripción muy particular del dolor de cabeza que le aquejaba: "a half head ache… I've been having it for a few days and it is a lovely thing, because while one half of my head throbs and hammers and sizzles and bangs and swears, the other half, calm and collected, takes notes of the agonies next door" (1990: 132). La imagen positiva que del dolor de cabeza ofrece el escritor británico –"a lovely thing"– queda explicada por la capacidad de desarrollar una labor intelectual, instruida e ilustrada desde la calma –"take notes"– la cual queda es posibilitada únicamente por el dolor. Al fin y al cabo, como dijera el médico y político ilustrado Benjamin Rush en 1805, el dolor cataliza la concienciación y el descubrimiento por parte del sujeto que lo sufre de un "uncommon elevation of the intelectual powers" (1805: 29), jugando por lo tanto un papel fundamental en el desarrollo y configuración de la genialidad y capacidad crítica del individuo. Ya en 1863, en su texto "El artista, hombre de

mundo, hombre de muchedumbres y niño", Charles Baudelaire había señalado a la enfermedad como el paradigma de la actitud artística, una relación marcada por la capacidad del convaleciente de despojarse de toda atadura social y observar el mundo liberado de los habituales convencionalismos, lo que vuelve a remarcar el potencial simbólico del dolor para articular una capacidad de resistencia y posibilitar la apertura de avenidas culturales a procesos de negociación de subjetividades rebeldes o transgresoras.[5]

En este contexto, las palabras de Larsen localizan el despertar de la conciencia del individuo en el dolor de la cabeza, cuando afirma que "the representation of migraine in the novel is not just a picture of pain but articulates a trance-like state of altered awareness in the characters and perhaps in the reader" (1996: 419). El caso de Francisco de Bringas ilustra esta aseveración y resulta fundamental para entender el aspecto positivo de un dolor que despierta un estado de concienciación en el individuo que lo sufre. El personaje sufre a lo largo de la novela frecuentes jaquecas que él atribuye a las salidas nocturnas y a esos *soirées* dominados por los desmedidos afanes de ostentación exhibidos por Rosalía, su esposa. Hacia la mitad de la narración, Francisco perderá la vista a causa de un fuerte dolor de cabeza. Pero si hasta ese momento el protagonista ha estado ciego a la realidad de su casa, a las pasiones traperiles de su mujer y a sus gastos excesivos –una ceguera psicológica, moral y doméstico-económica, que según J. E. Varey, viene a representar "el deseo del marido de no saber nada de las debilidades de su mujer" (1966: 62)–, será a partir de su "jaqueca oftálmica", como es diagnosticada en el texto por Cándida, una de las más constantes visitas de la familia de Bringas, que el jaquecoso por fin abrirá los ojos y empezará a ser consciente de su verdadera realidad circundante. Privado de la vista, los sentidos del tacto, del olfato y del oído se le agudizan y convertido en un "lince", "de todo se enteraba" (Pérez Galdós, 2007a: 176). El dolor desencadenante de la ceguera revela una intensificación de la conciencia en el espacio privado, al desarrollar el personaje un "delirio de administración" y un "anhelo de autoridad" desde el que condenar las prácticas económicas de su mujer y ordenar el recorte de gastos para sanear la economía familiar (177); pero también en el ámbito público, pues la hipersensibilidad derivada del dolor lo lleva a cuestionar normas y hábitos socialmente aceptados: "El califa doméstico hablaba pestes de los tontos y perdidos que veranean con dinero prestado" (235); "De veras te digo que más vale comer en paz un pedazo de pan con cebolla, que vivir como esa gente, entre grandezas revestidas de agonía… Te juro que les tengo lástima" (155), razonará el ciego jaquecoso desde su congestión retiniana.

Galdós se sirve de la figura del hombre ciego, metáfora de largo recorrido en la historia cultural y literaria de todos los tiempos y géneros en su asociación con la sabiduría y el conocimiento, para convertir a su personaje en activo observador y espectador del mundo pues, como diría el médico Joost Haan en otro contexto, el dolor en la literatura contiene fuerte asociación metafórica en tanto

5 Son muchos los ejemplos que encontramos de esta estrecha conexión entre enfermedad y capacidad artística. Ver el trabajo de Isabel Clúa sobre literatura y enfermedad en el fin de siglo al respecto.

"only migraine offers a 'hold' to reality (2013: 129). Ahora bien, la realidad duele, metafórica y físicamente: las vendas alrededor de los ojos impuestas por el médico dejan permear la luz, la cual llega a Francisco "con impresión turbada y dolorosa" (Pérez Galdós, 2007a: 156). Cuando días después, siguiendo las recomendaciones del facultativo, el personaje se levanta por fin el vendaje, sentirá "crueles dolores y ardor vivísimo" (159). Pero si bien este sufrimiento provocado por la luz es cruel y molesto, es la oscuridad, física y metafórica, la que verdaderamente "mortifica horriblemente" a Bringas, pues como apunta el filósofo alemán Friedrich Nietzsche, quien sufrió de migrañas toda su vida, el dolor es luminario a la vez que iluminador, esto es, liberador, purificador y emancipador: "only great pain is the ultimate liberator of the spirit… and compels us to descend into our ultimate depth", un descenso que si bien "might not improve us", sí "deepens us", con la ineludible carga de "suspicion" que acompaña tal movimiento descendiente. Estas palabras convierten el dolor en necesario para revisar los valores de la sociedad, cuestionarlos y poner en tela de juicio todos aquellos preceptos en los que "we had formerly placed our humanity" (2021: 405).

El dolor de cabeza, de estómago o de garganta ubica a estos personajes en la liminalidad, en el umbral entre el mundo de la vigilia y el de los sueños; entre el mundo de la realidad y el de la alucinación: sumido en sus dolores espasmódicos, para Maxi, el jaquecoso "los juicios de la realidad se confunden con las imágenes mentirosas del sueño… una discusión vaga entre lo que es verdad y lo que no es" (Pérez Galdós, 2008a: 402). Si entendemos lo liminal en el sentido en que Victor Turner concibió el termino, como una posición "neither here nor there", cuya indeterminación e inestabilidad permite al sujeto "elude or slip through the network of classifications that normally locate states and positions in cultural space" (1997: 95), entonces esta posición lábil revela una identidad moderna que, desde su inestabilidad, escapa a toda clasificación y se permite articular una alternativa al *status quo* y a los planes del poder, poniendo en evidencia una serie de ansiedades en torno a una sociedad fracturada, enferma, ciega y dolorida. La doctora en Historia de la medicina, Esther Lardreau ha señalado, en el contexto de la Francia decimonónica como una "nación de jaquecosos", que la jaqueca es expresión de "une grimace des fractures de la patrie", una imagen que permite leer la visión distorsionada del jaquecoso, así como su dolor agudo, como símbolo de un periodo de enorme inestabilidad en todos los niveles, "in government, gender, population and class" (cit. en Zehentbauer, 2015: 91, 229).

En este sentido, los dolores que no matan, fortalecen. Galdós recrea estas "dolencias que no son graves pero molestas", como Ramón Villaamil se refiere a su constante dolor de muelas en *Miau* (156),[6] para someter a crítica los males de una nación de gran inestabilidad donde no puede haber "progreso, ni adelanto, ni mejoras, ni administración", como se quejaría el narrador de *La de Bringas*

6 No es casual que esta afirmación lastimera ante el dolor de muelas que sufre el personaje se produzca en mitad de una conversación con Mendizábal, hombre de "furiosa inquina contra el librepensamiento" (157), en la que el cesante se queja del dolor metafórico de una sociedad que todavía dominada por la religión, el oscurantismo y la "mentira eterna", sufre de la falta de una administración corrompida por el favoritismo político y la ignorancia.

(187), porque el país todavía se halla sumido en el oscurantismo religioso y el anquilosamiento social, político y cultural. Del mismo modo que Francisco de Bringas, desobedeciendo la prescripción médica de "quedarse quieto y mudo, siempre vendado" (2007a: 156), insiste en que es necesario desprenderse de la venda, Galdós nos impele a mirar y ver, esto es, a levantarnos el velo, ese "maldito trapajo negro" que mortifica a Francisco porque lo sume en la oscuridad más absoluta, para así "echar una miradita al mundo" y "ver lo que nunca se ha visto" (160) o, parafraseando al propio narrador, ver lo que no se ha querido ver hasta ahora: la corrupción en las administraciones; la inutilidad de la superstición religiosa; los estragos de la falta de educación; los hábitos de una sociedad que prefiere vivir entrampada para alimentar sus pretensiones de suntuosidad mientras organiza ceremonias de comida de los pobres; o los vicios de una dinastía monárquica informada por una vida de insulsez metódica en lugar de por asuntos de Estado, que se alía con las clases pudientes para seguir cebando tales ansias de poder. Porque sólo cuando el sujeto ve, impelido por el dolor, se atreve a pensar, siguiendo la máxima kantiana, condición necesaria para entrar en la mayoría de edad, desarrollar una capacidad de lectura y cuestionamiento del mundo y recuperar la soberanía.

Galdós no sólo recrea estos males a partir de dolencias menores –en el sentido de comunes, pero no por ello irrelevantes–, sino que aporta su propia resolución simbólica, irónica y efectista a partes iguales: un buen paseo y un vaso de agua. Porque, de nuevo, lo que no mata, fortalece: tras pasar el verano en Madrid y recibir un tratamiento hidropático en el río Manzanares, los trastornos espasmódicos de Isabelita desaparecen y la niña pasará a gozar de inmejorable salud. De modo parecido, el vaso grande de agua de la fuente egipcia, seguido de un paseo de dos horas, hace resucitar a don Manuel Pez, curándolo de sus dolores estomacales y de sus rebeldes inapetencias. El tratamiento, en apariencia banal, prescrito para curar el mal menor del personaje sirve para reafirmar la poca gravedad de la dolencia, pero también para llamar la atención a la facilidad con que ésta podría ser sanada: "¡Cuántas veces tenemos en la mano, sin percatarnos de ello, el remedio de inveterados males!", exclamará el narrador de *La de Bringas*, aludiendo al vaso de agua que, de manera literal, "obra prodigiosamente sobre la mucosa y todo el aparato digestivo" de Don Francisco (125) pero también, extendiendo la referencia al plano figurativo, a potenciales soluciones –sencillas y populares– para sanar los vicios sociales y políticos de la nación.

Tal y como Galdós expresara en numerosos escritos, uno de los principales remedios para sanar a una sociedad enferma de sus dolencias reside en la educación, un tema que preocupaba enormemente al autor canario y en cuya falta veía una afrenta altamente nociva que debilita social y culturalmente a un país. No es casual que haya tantos dolientes de cabeza en la novelística galdosiana, pues como señala el médico psiquiatra Ángel Garma en referencia a Maxi Rubín, el que fuese la cabeza la parte del cuerpo que sufría de continuos malestares se explica por "la importancia de los procesos intelectuales, orgánicamente localizados en la cabeza" (1958: 89). ¿Y qué mejor forma para denunciar la falta de educación que debilitar y aquejar la cabeza, epicentro de la razón y la educación?

No será éste un planteamiento privativo de Galdós. En una novela poco conocida de Pardo Bazán, *La prueba* (1890), el narrador sufre de una enfermedad que nunca es diagnosticada, pero que afecta principalmente al aparato respiratorio. Tos, dolor de cabeza, malestar en el estómago, insomnio… Molestias todas ellas corrientes, sintomáticas de alguna enfermedad menor, pero que se presentan a nivel textual con suficiente relevancia como para paralizar la actividad intelectual de Salustio, personaje principal, quien para su disgusto, tiene que alejarse de los libros, encerrarse en casa y guardar reposo. "La enfermedad retrasa", repetirá lastimeramente (204). La enfermedad menor determina la actitud y comportamiento del personaje, afectando el día a día de su existencia narrativa, pues aunque esta dolencia no mata, sí retrasa, paraliza, debilita, reprime el movimiento, impide avanzar, literal y metafóricamente.

Se preguntaba Virginia Woolf en 1926, en su clásico estudio sobre la enfermedad, por qué las dolencias del cuerpo, tanto las más graves (tifoides, neumonía, gripe) como las más comunes (dolor de muelas, empacho digestivo, catarro), no habían desplazado al amor o los celos como protagonistas en la literatura. Galdós vendría a reformular tal aseveración. Sin duda, el amor, los celos, la política o la religión se dan cita en las páginas galdosianas, pero también la enfermedad, en particular la común. El dolor de muelas de Ramón Villaamil en *Miau*, un "dolorcillo" que tiende a mantener al personaje en vela alguna que otra noche, pero también en su versión de aforismo sobre el dolor, sinécdoque del hastío y la molestia que el personaje representa para los que le rodean; el herpes que padece la sociedad anémica y enviciada de *La familia de León Roch*, la cual se guía por las apariencias, el rumoreo y el fanatismo religioso; los reúmas de don Lope en *Tristana*, síntoma de la oxidación y bloqueo del don Juan en decadencia, pero también de su "tiranía bienintencionada", como se ha leído el reumatismo en el plano simbólico (Dahlke, 2006: 330); las alergias de Ido del Sagrario en *Fortunata y Jacinta*, posible síntoma de los excesos de una sociedad y de la intolerancia social, pero también de la evolución del hombre en un mundo cambiante; o el insomnio de Refugio Sánchez Emperador en la misma novela, cuyos estados de agitación nocturnos se corresponden con la necesidad de llevar a cabo un proceso de reflexión que la aísla y diferencia del resto. Todos estos males, poco explorados en la narrativa galdosiana, tienen una trascendencia que va más allá del dolor físico, como afirmaba Sontag; y como dejaría escrito Alejandro de Humboldt en sus narraciones de viaje (1799-1804), aparte de constituir una historia de tormentos, también proporcionan conocimiento y, por ello, goce (en Lubrich, 2004: 507). Galdós se aprovecha del potencial creativo que Woolf pone sobre la mesa y convierte los sufrimientos en eficaces y productivos, sirviéndose de estas enfermedades comunes, dolorosas e inicuas pero nunca fatales, para articular un estado de concienciación aguda en el personaje y, retomando a Larsen, posiblemente en el lector, para así sacudirlo y transmitirle esa convulsión que le hará abrir los ojos y prestar oídos al discurso científico de la medicina moderna por encima del religioso; generarle un espasmo para expulsar de su estómago, al más puro estilo Torquemada, los favoritismos políticos, los excesos de apariencias y los despilfarros delictivos en áreas no prioritarias; o provocarle una sacu-

dida para propiciar el papel de la educación y los procesos intelectuales como base del progreso del país. Las corrupciones y vicios sociales, parafraseando las palabras del propio novelista en su "Prólogo" al drama *Alma y vida*, no causan la enfermedad, pero sí la ponen de manifiesto y la visibilizan (1902: xiv).

Como esa tos recurrente que nunca deja al enfermo y termina para volver a comenzar, o igual que esas dolencias no graves pero de curación lenta, el proyecto de construcción de nación moderna es un proyecto interrumpido de pausada y lánguida edificación. Y en este proceso se necesitan de jaquecas, de gastralgias, de dolores de muelas y de otros males menores que incomoden, quiten el sueño, hagan pensar y nos revuelvan, condiciones necesarias en la forja y constitución del entramado moderno, caracterizado ante todo por la inestabilidad de sus vías de constitución.

OBRAS CITADAS

ALAS, Leopoldo 'Clarín'. "La conversión de Chiripa." *Cuentos morales*. Jean-François Botrel, ed. Madrid: Cátedra, 2012: 167-177.
—. *La Regenta*. Mariano Baquero Goyanes, ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1996.
ALFONSO x. *Lapidario*. María Brey Mariño, ed. Madrid: Castalia, 1968.
ALTSCHULER, Sari. *The Medical Imagination. Literature and Health in the Early United States*. Filadelfia: U. of Pennsylvania P, 2018.
ATXAGA, Bernardo. "La primera gripe de Adán." *Leer el universo*, [leereluniverso.blogspot.com]. Consultado el 16.02.2023.
—. "La vida según Adán." *Bernardo Atxaga*, [atxaga.eus]. Consultado 16.02.2023.
BARON, Jeremy Hugh. *The Stomach: A Biography*. North Charleston, SC: CreateSpace Independent
Publishing Platform, 2013.
BAUDELAIRE, Charles. "El artista, hombre de mundo, hombre de muchedumbres y niño." *El pintor*
de la vida moderna. Julio Azcoaga, ed. Córdoba, Argentina: Alción Editora, 2005: 23-32.
BRADY, Jennifer. "Reconsidering Maximiliano Rubín from Galdós's *Fortunata y Jacinta*." *Letras Hispanas: Revista de literatura y de cultura*. Vol. 7, Núm. 1, 2010: 104-116.
BRAVO VILLASANTE, Carmen. "28 cartas de Galdós a Pereda." *Cuadernos Hispanoamericanos*. Núm.
250-252, 1970-1971: 9-51.
CLÚA GINÉS, Isabel. "La morbidez de los textos: literatura y enfermedad en el fin de siglo." *Frenia*. Vol. 9, Núm. 1, 2009: 33-51.
COBO BORDA, Juan Gustavo. "Rembrandt: arte y dolor, un diálogo humano." *Lecciones de historia del dolor*. Alberto Vélez van Meerbeke *et al.*, eds. Bogotá: U del Rosario, 2005: 9-17.
COLOMBO, Bruno. "Migraine and Literature: A Narrative Historical Review." *Neurological Sciences*. Vol. 42, Núm. 2, 2021: 565-569.
CONAN DOYLE, Arthur. "A Medical Document." *Round the Red Lamp*. Nueva York: Appleton and
Company, 1902: 186-204.
CÓRDOBA, Antonio y Daniel GARCÍA-DONOSO, eds. *The Sacred and Modernity in Urban Spain.*
Beyond the Secular City. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2016.
DAHLKE, Ruediger. *La enfermedad como símbolo*. México: Editorial Lectorum, 2006.
FELSKI, Rita. *The Gender of Modernity*. Cambridge: Harvard UP, 1995.
GARMA, Ángel. "Jaqueca, seudo-oligofrenia y delirio en un personaje de Pérez Galdós." *Ficción*.
Vol. 14, 1958: 84-102.
GONZÁLEZ NÚÑEZ, José y ORERO GONZÁLEZ, Ana. "Toser o no toser

(acerca de la literatura de la tos)." *Esfera Salud*, [esferasalud.com]. Consultado 16.02.2023.

GRANJEL, Luis S. "Personajes médicos de Galdós." *Cuadernos Hispanoamericanos*. Núms. 250-252, 1970-1971: 656-663.

HAAN, Joost. "Migraine and Metaphor." *Literary Medicine: Brain Disease and Doctors in Novels, Theater, and Film*. Vol. 31, 2013: 126-136.

HAUSER, Philippe. "El siglo XIX considerado bajo el punto de vista médico-social." *Revista de España*. Vol. 101, 1884: 202-224, 333-358.

HUNSAKER HAWKINS, Anne. *Reconstructing Illness: Studies in Pathography*. West Lafayette, IN: Purdue UP, 1999.

Kipling, Rudyard. *The Letters of Rudyard Kipling, vol. 1: 1872-89*. Thomas Pinney, ed. Nueva York: Palgrave Macmillan, 1990.

LARSEN, Kevin S. "Ido del Sagrario's Alimentary Madness." *Science, Literature and Film in the Hispanic World*. Jerry Hoeg y Kevin S. Larsen, eds. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2006: 151-173.

—. "The Medical Background of *Fortunata y Jacinta*: The Case of Maxi's Migraines." *Ometeca*. Vol. 3-4, 1996: 410-425.

LÓPEZ PIÑERO, José María. "La medicina y la enfermedad en la España de Galdós." *Cuadernos Hispanoamericanos*. Núm. 250-252, 1970-1971: 664-677.

LUBRICH, Oliver. "Dolores, enfermedades y metáforas poéticas del cuerpo en Alejandro de Humboldt." *Revista de Indias*. Vol. 64, Núm. 231, 2004: 503-527.

MADARIAGA, Benito. *Pérez Galdós: biografía santanderina*. Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1979.

MARAÑÓN, Gregorio. *Elogio y nostalgia de Toledo*. Madrid: Espasa-Calpe, 1983.

MEDINA, Alberto. *Espejo de sombras. Sujeto y multitud en la España del siglo XVIII*. Madrid: Marcial Pons, 2009.

MORETTI, Franco. *The Bourgeois. Between History and Literature*. Londres: Verso, 2013.

NIETZSCHE, Friedrich. "Nietzsche Contra Wagner." *The Complete Works of Friedrich Nietzsche*. Alan D. Schrift *et al.*, eds. Vol. 9. Standford, CA: Stanford UP, 2021: 385-407.

PALACIOS SÁNCHEZ, Leonardo. "Aspectos históricos de la migraña." *Lecciones de historia del Dolor*. Alberto Vélez van Meerbeke *et al.*, eds. Bogotá: U del Rosario, 2005: 70-82.

PARDO BAZÁN, Emilia. "La prueba." *Obras completas de Emilia Pardo Bazán*. Darío Villanueva *et al.*, eds. Vol. 3. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 1999: 201-401.

PÉREZ GALDÓS, Benito. *Alma y vida, drama en cuatro actos precedidos de un prólogo*. Madrid: Obras de Pérez Galdós, 1902.

—. *El amigo Manso*. Francisco Caudet, ed. Madrid: Cátedra, 2001.

—. *El doctor Centeno*. José Carlos Mainer, ed. Madrid: Biblioteca Nueva, 2002.

—. *La familia de León Roch*. Íñigo Sánchez Llama, ed. Madrid: Cátedra, 2003.

—. *Fortunata y Jacinta*. Germán Gullón, ed. Barcelona: Austral, 2008a.
—. *Tristana*. Isabel González y Gabriel Sevilla, eds. Madrid: Cátedra, 2008b.
—. *La de Bringas*. Alda Blanco y Carlos Blanco Aguinaga, eds. Madrid: Cátedra, 2007a.
—. *Miau*. Francisco Javier Díez de Revenga, ed. Madrid: Cátedra, 2007b.
PIERREVILLE, R. *L'inégalité humaine devant la mort et la maladie*. París: Fustier, 1936.
QUINCY, John. *Lexicon Physico-Medicum, or, A New Medicinal Dictionary*. Londres: T. Longman, 1736.
RUSH, Benjamin. *Medical Inquiries and Observations*, *vol. 2*. Filadelfia: J. Conrad and Co., 1805.
SONTAG, Susan. *Illness as Metaphor and AIDS and Its Metaphors*. Nueva York: Picador, 1989.
STANNARD, Michael W. "Maximiliano Rubín and the Contexto of Galdós's Medical Knowledge." *Anales Galdosianos*. Vol. 48, 2013: 97-111.
TURNER, Harriet S. "Creación galdosiana en el marco de la medicina." *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Vol. 2. Florencio Sevilla Arroyo y Carlos Alvar Ezquerra, eds. Madrid: Castalia, 2000: 441-447.
TURNER, Victor W. *The Ritual Process: Structure and Anti-structure*. Nueva York: Aldine de Gruyter, 1997.
VAN DIJKHUIZEN, Jan Frans y Karl A.E. Enenkel, eds. *The Sense of Suffering. Constructions of Physical Pain in Early Modern Culture*. Leiden: Brill, 2009.
VAREY, J. E. "Francisco Bringas: 'Nuestro buen Thiers'." *Anales Galdosianos*. Vol. 1, 1966: 62-69.
WOOLF, Virginia. "On Being Ill." *The New Criterion: A Quaterly Review*. Vol. 4, Núm. 1, 1926: 32-45.
ZAMOSTNY, Jeffrey S. "El malestar estomacal en *La de Bringas* de Galdós." *Decimonónica*. Vol. 7, Núm. 1, 2010: 61-75.
ZEHENTBAUER, Janice Y. *Scintillating Scotoma: Migraine, Aura, and Perception in European Literature, 1860-1900*. Tesis doctoral. Dirigida por Janelle Blankenship. The U of Western Ontario, 2015.